

INDICIOS, SEÑALES Y NARRACIONES. LITERATURA POLICÍACA EN LENGUA ESPAÑOLA

Enrique Rodrigues-Moura (ed.)

(Innsbruck: University Press, 2010, 230 págs.)

En mayo de 2006 tuvo lugar en la Universidad de Innsbruck un simposio, organizado por Enrique Rodrigues-Moura, que reunió a una buena docena de estudiosos de la novela policíaca para reflexionar sobre este género, partiendo de la idea de Carlo Ginzburg de que la modernidad se caracteriza por el triunfo del paradigma epistemológico «indiciario», es decir, la búsqueda de conocimiento a través de «la acumulación e interpretación racional de los indicios» (p. 11). La publicación de los resultados de aquel encuentro, enriquecidos con algunas contribuciones de especialistas que no participaron en el coloquio, ofrece una amplia gama de acercamientos a la teoría del género y al análisis de novelas representativas de España y América Latina.

Mientras que los indicios que encuentra el detective le ayudan a resolver el enigma criminal, el lector construye su interpretación basándose en señales textuales: ahora bien, en ambos casos el valor probatorio de tales indicios resulta cada vez más dudoso en la medida en que la confianza moderna en el racionalismo y la posibilidad de la justicia es sustituida por el escepticismo posmoderno, como explica el editor en su introducción. La duda, inherente a toda investigación criminalística, se ha generalizado hasta convertirse en

una actitud intelectual dominante que obliga también a la teoría literaria a repensar sus planteamientos. Al escribir su libro *El cadáver en la cocina* (1997), Joan Ramon Resina estaba todavía convencido de que la aparición del género detectivesco tenía que ver con «una relación insoslayable entre modernidad y laicidad y, de manera concomitante, entre racionalismo y lucha de clase» (p. 35), pero desde la distancia temporal se ve obligado a revisar sus ideas de aquel entonces: en un denso y sugerente ensayo interpreta la novela policíaca como un rito sacrificial con que la colectividad protege el orden simbólico y axiológico en que se funda expulsando el crimen al ámbito de lo excepcional, monstruoso, inhumano, irracional e inefable, para así «neutralizar la violencia inmanente a la sociedad con un exorcismo que la transforma en violencia trascendente, por tanto extraña al cuerpo social» (p. 36). Desde otra perspectiva cuestionan el racionalismo del paradigma detectivesco las novelas neopolicíacas con protagonistas psicóticos que estudia Sébastien Rutés: paradójicamente, en los textos de José Luis Muñoz, Raúl Argemí, Juan Hernández Luna y José Carlos Somoza, la amnesia, mitomanía, psicopatía, etc., de los investigadores no impiden la solución de los casos enigmáticos, sino que, al contrario, pese al fracaso de la interpretación racional de los indicios, al final se encuentra la verdad, aunque por pura casualidad.

Cinco artículos se centran en la novela policíaca española. La obra de Manuel Vázquez Montalbán es estudiada como crónica narrativa de la transición de la dictadura franquista a la democracia, historia que se refleja en el creciente desencanto del protagonista Pepe Carvalho. Georges Tyras muestra cómo «Vázquez Montalbán juega, de un texto a otro, con la problemática de la lectura indiciaria» (p. 64), pasando por la autorreflexión y la parodia para llegar al desencanto casi fatalista en los relatos de viajes del detective en un mundo cada vez más uniforme. José F. Colmeiro, a su vez, explora la dimensión crítica y la función descolonizadora del género que adquiere el proyecto novelesco montalbaniano en el contexto político, económico y cultural de la globalización. La narrativa policíaca de otro barcelonés, Francisco González Ledesma, presentada por Àlex Martín Escribá y Javier Sánchez Zapatero, indaga en la memoria intrahistórica de los desfavorecidos desde una posición de reivindicación ética. María José Giménez Micó muestra cómo *La verdad sobre el caso Savolta* de Eduardo Mendoza se estructura en dos historias entrelazadas mediante un sistema de indicios que, por un lado, contribuyen a la elucidación del crimen y, por otro, componen un mosaico social e histórico en que se integra el crimen narrado. El artículo de Wolfram Krömer compara tres novelas que relacionan crimen y comercio de arte —*La*

tabla de Flandes de Pérez-Reverte, *Corazón tan blanco* de Marías y *La tempestad* de Prada— y pregunta en qué medida la complejidad de los personajes y las cuestiones planteadas por su comportamiento pueden servir todavía como indicadores de una diferencia entre cultura de masas «trivial», por un lado, y literatura «alta» y «seria», por otro.

Completan el libro seis artículos sobre novelas policíacas hispanoamericanas. Dos autoras examinan la obra del cubano Leonardo Padura: Kathrin Saringen comenta la tetralogía *Las cuatro estaciones* como un ciclo novelesco que funcionaliza algunos rasgos y procedimientos típicos del género policíaco como mero pretexto para escribir sobre la violencia y la corrupción en la capital cubana, y Elia Barceló muestra que la estructura profunda de *La neblina del ayer*, en que Padura continúa la crónica novelada de su generación, se basa en el modelo épico de la *Odisea*. La influencia de Padura es muy importante en la nueva novela negra cubana que escriben los autores cuya obra presenta Luis Pérez-Simon: Amir Valle y Lorenzo Lunar Cardedo, observadores mordaces del crecimiento acelerado de la marginalidad y la miseria de amplios sectores del pueblo en la Cuba del «período especial» de la era postsoviética. Vera Elisabeth Gerling propone una lectura perspicaz de *La pesquisa* del argentino Juan José Saer, arguyendo que se trata de una novela posmoderna que subvierte las leyes del género en el que «tradicionalmente la razón domina sobre el caos y en la que se garantiza la vuelta al orden», y que, por consiguiente, el texto de Saer «niega cualquier posibilidad del acto catártico y deconstruye toda ilusión referencial» (p. 177); más aún, revela la existencia de una trama casi oculta, relacionada con la desaparición de un personaje durante la última dictadura militar argentina, una historia reprimida vinculada mediante numerosas referencias textuales con el relato de una serie de asesinatos de ancianas en París. Más respetuoso con los estereotipos del género es el chileno Ramón Díaz Eterovic, quien ambienta sus novelas en un Santiago de Chile posdictatorial; sin embargo, Clemens A. Franken K., al hacer el retrato del detective Heredia, opina que la transgresión de las reglas del género consiste en Eterovic en presentar como criminales sobre todo a representantes de las instituciones del Estado que deberían garantizar la paz y el cumplimiento de las leyes, es decir, las fuerzas de seguridad. Finalmente, en el interesante artículo que cierra el volumen, Ottmar Ette somete *Crónica de una muerte anunciada* a una lectura casi detectivesca en busca de indicios textuales que revelan la pertinencia de una isotopía árabe y permiten leer el conflicto central entre Santiago Nasar y sus asesinos en el contexto de la inmigración oriental en Colombia, lectura a la que Ette confiere una dimensión transatlántica al comparar la novela de García Márquez con *La carta mis-*

teriosa (*Majma al-'Asrar*, 1994) del libanés Elias Khoury cuyas varias historias ofrecen una especie de continuación del intertexto colombiano contando las guerras civiles del Líbano como causas históricas del éxodo hacia América Latina.

Marco Kunz
Université de Lausanne